

XIV

El sitio, tan encarnizado como el de Candia, llevaba ya setenta dias de duracion con sus alternativas de diez y ocho asaltos rechazados, la escasez y la miseria, sin que los vieneses, abandonados á ellos mismos, hubiesen recibido ningun indicio de auxilio traído por la cristiandad á sus últimos defensores. La Europa, indiferente á los peligros de un imperio cuya ambicion habia perjudicado á la causa por sus pretensiones á la monarquía universal, no armaba en favor de la Austria mas que algunos raros voluntarios. La incoherencia y la desorganizacion de elementos heterogéneos, que componian entónces, y componen hoy la nacionalidad alemana, daban á la confederacion germánica la lentitud y el egoismo de los miembros sin cabeza, mas inhábiles aun para defenderse que para atacar. El fanatismo cristiano de las cruzadas estaba tan apagado como el fanatismo musulman de las conquistas; todo era político en esta guerra en la que se veian á húngaros calvinistas, á moldavos, á valacos, á transilvanos, á servios, á

griegos cristianos celebrar sus misterios en medio de los mahometanos sobre las colinas de Viena.

Un polaco intrépido, antiguo intérprete de los embajadores de su nacion en Constantinopla, fué el primero que burló la vigilancia de los turcos para llevar á los defensores de Viena la esperanza que comenzaba á abandonarlos. Este aventurero, llamado Kollschitzky, atravesó el campamento de Mustafá, cantando, con el traje de un músico de calle, canciones turcas que agrupaban al soldado; llegado que hubo á la orilla del Danubio, en frente de las fortificaciones, se arrojó al rio y evitó, nadando entre dos aguas, las balas que le dispararon los turcos. Traia á Stahremberg noticias de la aproximacion del duque de Lorena y del rey de Polonia Sobieski á la cabeza de setenta mil combatientes. Cohetes disparados en la noche siguiente desde la torre de San Esteban, hicieron saber á los generales del ejército imperial que Viena respiraba aun bajo los escombros de sus bastiones, y que su mensaje habia regocijado el corazon de sus patriotas.

XV

La Polonia era la única nacion que el catolicismo de sus pueblos y el heroismo de su rey Juan Sobieski habian movido á socorrer al Austria. El largo resentimiento de sus viejas humillaciones ante los turcos, y la gloria reciente de la victoria de Choczim, que le habia enseñado á despreciar á su enemigo, habia popularizado la guerra santa contra los otomanos en la Polonia. El entusiasmo de su rey habia hecho lo demás.

Lo hemos dicho mas arriba, la heróica Polonia habia sido mas bien una faccion que una nacion. En 1382 habia concluido por darse una constitucion tan anárquica como su carácter. Luis de Anjou, de la casa real de Francia, el último de los reyes hereditarios de Polonia, no habia dejado al morir mas que hijas.

La segunda y la mas hermosa, Eduviges, tenia catorce años á la muerte de su padre. Los polacos, seducidos por su precoz belleza y por las virtudes que se presentian en ella, la proclamaron reina de Polonia con la condicion de que la nacion conservaria la

autoridad paternal sobre su jóven soberana y le daria un esposo de su eleccion. Pero el corazon de Eduviges habia elegido ántes que la dieta de Polonia. Uno de sus primos, Guillermo de Hapsburgo, duque de Austria, educado con ella en el palacio de su padre, era el esposo y el rey que habia escogido. Este príncipe hubiera atraído por sus gracias, su educacion y su valor las miradas de todas las princesas de su tiempo; pero una afeccion, por decirlo así nativa, le aseguraba el corazon de Eduviges. « Le parecia, » decia ella á los polacos, « que habian nacido en la misma « cuna. »

Guillermo de Hapsburgo, llamado por ella secretamente á Cracovia para que pidiera su mano á la dieta, no pudo ganar la voluntad de la nobleza polaca, que temió encontrar en un príncipe austriaco un dominador, mas bien que un rey. Ni las angustias ni las lágrimas de Eduviges pudieron enternecer á su pueblo. Un bárbaro idólatra, vestido de pieles de animales salvages, de costumbres tan feroces como su aspecto, Jagellon duque de Lituania, fué el esposo impuesto á la nieta de San Luis, y por rey á los sármatas civilizados, italianos del Norte.

La ambicion de fortificar la Polonia contra los rusos, los tártaros y los cosacos por medio de la anexion á la Lituania, decidió la dieta á sacrificar á este bár-

baro la hija de sus reyes. Resignada á su suerte y con celo ferviente para promover la conversion de los lituanios á la fé católica, Eduviges comenzó por la de su esposo, y prosiguió, con él en Lituania tan pronto con la elocuencia como con la fuerza la conversion de su nuevo pueblo al Dios de su infancia. La historia describe con admiracion y horror la narracion de esta extraña mision de Eduviges y de Jagellon en Lituania para sustituir en ella el cristianismo á la idolatría.

Miéntas que la hermosa y elocuente reina de Polonia predicaba á la muchedumbre que la rodeaba llena de admiracion, el bárbaro Jagellon, seguido de sacerdotes tan implacables como él, violentaba y martirizaba á los que persistian en el viejo culto. A fin de economizar el tiempo á los misioneros en las ceremonias de un bautismo individual, el rey llevaba con la punta de la espada de sus soldados á la multitud, á la corriente del rio y la hacia bautizar en masa, no dando por lo comun á todos mas que el nombre de un santo.

XVI

Desde la extincion de los Jagelones, la Polonia, cada vez mas republicana, habia elegido en sus dietas, se-

nado aristocrático y militar , reyes mas parecidos á cónsules que á monarcas. Su constitucion tribunicia y pretoriana parecia que habia reunido en sus instituciones todos los vicios del gobierno monárquico, del gobierno militar, del gobierno feudal y del gobierno republicano. Su existencia no era mas que una perpétua candidatura de su turbulenta nobleza al trono, y una perpétua faccion contra el rey que habian elegido.

La política exterior de los polacos se resentia de las competencias eternas al poder : cada partido, conmoviendo la patria por permanecer fiel á sus preferencias ó antipatías, buscaba apoyo y aliados en el extranjero. En medio de tantas agitaciones intestinas , una sola virtud quedaba á los nobles polacos , la del heroismo. Ellos eran los primeros soldados del mundo. Se ha visto su perpétua oscilacion entre la Hungría, el Austria, la Suecia, la Rusia , la Turquía misma ; pueblo mas oriental hasta entónces que europeo, habia aceptado por largo tiempo el vasallaje de los otomanos ; pero su movilidad los hacia tan incapaces de libertad como de servidumbre. El exceso en todo era su naturaleza ; ellos habian conquistado muchos laureles en el campo de batalla, pero jamás tenian seguridad en su patria.

XVII

Tal era la Polonia en el momento en que nacia uno de esos hombres que salvan é ilustran las naciones cuando estas pueden ser salvadas. Este hombre era Sobieski , predestinado á defender un dia la Europa.

Juan Sobieski, segun un historiador moderno M. de Salvandy, autor de un estudio justamente estimado de este héroe, habia nacido en 1624, en los montes Carpatos, en el castillo de Olesko, durante una tempestad memorable, en la que el rayo, amenazando su cuna, parecia que anunciaba á la Polonia que un hombre famoso venia al mundo. Era de la raza de los héroes sármatas llamados los nobles del *escudo*, que confundian sus nombres con el origen fabuloso de la patria. Él mismo ha referido en una noticia histórica las hazañas de su padre Jacobo Sobieski, el vencedor de los turcos en Choczim.

« El recuerdo de Jacobo Sobieski, hijo de Márcos, dice, queda profundamente grabado en mi corazon; era mi padre. Hizo sus primeras armas á las órdenes del gran Zolkiewski, en la antigua guerra de Mosco-

via que valió al jóven Wladislao el trono de los czares; en la expedicion siguiente fué uno de los jefes encargados, por la negativa de Zolkiewski, de mandar el ejército y de presentar el príncipe al pueblo que lo habia elegido para soberano. Herido en el brazo en el asalto de Moscú, mi padre no dejó por eso de asistir á todas las campañas de aquellos revueltos tiempos, siempre seguido por sus húsares de ordenanza que mantenia á sus expensas, y á los que su brillante denuedo tanto como su lujoso uniforme hacia llamar *la tropa de oro*. Él fué quien en la gloriosa campaña de Choczim, miembro de una comision investida con plenos poderes de la dieta para dirigir las hostilidades, se negó á concluir la paz con el emperador Othman II. Desde aquel triunfo, la república le confirió poderes para negociar con los suecos, los cosacos, los tártaros, los moscovitas y los turcos. Cuatro veces lo pusieron los nuncios á su cabeza en las dietas, eligiéndole mariscal, y de grado en grado llegó al puesto de primer senador secular de Polonia, con el título de castellano de Cracovia. »

Su madre, Teófila Danilowiczowna-Sobieska, era la nieta del ilustre hetman Zolkiewski, conquistador de Moscú. Al principio de este mismo estío, en que dió á luz á su glorioso hijo, una banda de tártaros habia invadido su castillo de Olesko; ella se hallaba

en él con su madre y con su abuela la viuda Zolkiewski. Estas tres mujeres, á la cabeza de su servidumbre, defendieron valerosamente su castillo, su libertad, su honor, y al héroe que iba á nacer entre el estruendo de las armas.

Juan tenia un hermano primogénito y del cual dice en la misma noticia manuscrita: « Mi hermano mayor, llamado Márcos, como mi bisabuelo, no debia « llegar á la edad viril mas que para morir á manos « de los tártaros. Todos los míos han hallado así la « muerte bajo los sables de los infieles defendiendo « nuestra santa religion; yo solo estaba reservado « para otros destinos por la voluntad divina. » Parece que Juan Sobieski se ha retratado en estas palabras modestas y piadosas.

Su padre Jacobo, vencedor de Othman II, habia dado á su patria la paz que ofrece la victoria. Su infancia pasó en los años prósperos que esta paz valió á la Polonia y bajo el influjo de la corriente de civilizacion que llegaba por fin á aquellas comarcas siempre destrozadas por los soldados. Su educacion se perfeccionó; hablaba siete ú ocho lenguas, conocia la literatura extranjera, tocaba muchos instrumentos, pintaba con facilidad, y montaba á caballo admirablemente, y manejaba las armas con extraordinaria destreza. Su padre, que habia dominado á menudo

la Dieta con la elocuencia, y que conocia por lo tanto el valor de la palabra en las repúblicas, lo hizo ejercitarse en el uso de la lengua, y logró hacerlo mas elocuente que lo que lo era él mismo. Para completar su educacion lo hizo viajar y lo envió, primero á Paris, luego á Turquía, para que midiera y calculara las fuerzas de esta potencia formidable, que designaba á su pensamiento y á su fé como al enemigo que debia atacar y vencer.

Su madre habia reunido en Jolkiew, centro de las vastas posesiones de la familia, todos los restos de sus parientes muertos á manos de los otomanos y de los tártaros. Jacobo habia rescatado de Othman II la cabeza del gran Zolkiewski, por mucho tiempo clavada en las puertas del serrallo despues de la fatal jornada del Kobilta. Un monasterio de dominicos, construido por Teófilo, habia recibido aquel depósito, y se dice que ella conducia casi todos los dias á sus hijos á visitar á aquellas veneradas reliquias. Allí los hacia orar, é inflamaba su imaginacion y su ardimiento, disponiendo su corazon á los combates y al martirio vinculado en cierto modo en su familia. Muy á menudo la catástrofe del Kobilta era recordada entre las tumbas y el altar. Juan se conmovia profundamente al escucharla; se le leia entónces una carta de despedida escrita al rey Sigismundo por su

abuelo, fechada en este último campo de batalla, como un testamento de política y de guerra.

XVIII

Mientras que su padre mandaba las tropas polacas en el Bug y se ilustraba en las dietas, el joven Sobieski, acogido y admirado en Francia por su belleza marcial y su genio precoz, se deslumbraba con el esplendor naciente de la corte de Luis XIV, se alistaba para aprender el oficio de las armas en los mosqueteros del rey, y se formaba en la escuela del heroísmo tratando familiarmente al gran Condé. Siguiendo su viage desde Paris á Constantinopla, habia sido llamado á su patria por la guerra civil encendida entre dos banderías, la del rey Wladislao, y la de Chmielnicki, Coriolano polaco que llevaba los cosacos á su patria.

El interregno que siguió á la muerte del primero abriendo la era de la anarquía, habia unido la Polonia con los bárbaros. La nobleza, reunida en Varsovia para disputarse encarnizadamente la elección al trono, iba á verse sitiada en su capital. Zamosc,

investido ya por los cosacos y por los polacos, aliados suyos, estaba dispuesto á entregar á los bárbaros la última ciudadela de la libertad. Sobieski se arrojó entre los enemigos, reanimó los corazones decaídos, sostuvo el sitio, y rechazó á los bárbaros. El nuevo rey elegido, Juan Casimiro, alcanzaba una paz precaria, muy pronto seguida de una nueva confederación contra él. Sobieski la venció en Beredesco y su victoria dió un respiro á la patria. Pero las disensiones prevalecían siempre en un pueblo que no tenia mas patria que los campamentos. Los rusos de Pedro el Grande inundaban las provincias del Norte. Los partidarios del rey de Suecia, Carlos Gustavo, le entregaban el trono de Polonia; la palabra final del reparto de la Polonia era pronunciada en voz alta por los suecos y los rusos.

Pero la hora de este crimen europeo, desgraciadamente provocado por la turbulencia de esta aristocracia, no habia sonado todavía. La Polonia poseía en su héroe un gran ciudadano. La inspiración del peligro supremo hizo que lo eligiesen generalísimo. Inundados de cosacos, de tártaros, de rusos, de húngaros, de transilvanos, llamados por los polacos á sus provincias, los sármatas necesitaban un soldado extraño á todos los partidos que habia de dominar por su superior imparcialidad. Sobieski aceptó el mando

como el puesto mas peligroso, la brecha de la patria, y empuñó la espada de la Polonia.

XIX

Pero lo extremado del peligro no bastaba para llenar el gran corazon de Sobieski; la noble pasion que mejor se hermana con el heroismo en los hombres privilegiados por la naturaleza, el amor devoraba al héroe. Adoraba este á la hermosa condesa Zamoyski, á quien la muerte de su marido volvia la libertad en el momento en que Sobieski era coronado. La condesa Zamoyski era una jóven francesa, llevada á Polonia, como dama de honor por la última reina de los polacos, la princesa de Nevers. Su nombre era Maria Casimira de Arquien; su talento y su belleza eran la admiracion de Varsovia.

Sobieski, ménos rey que amante, olvidó por ella la política que le aconsejaba buscar una alianza entre las grandes familias de su patria; olvidó hasta la ley del decoro que prohíbe á una viuda pasar á los ocho dias del luto al segundo matrimonio: su impaciencia la obligó á casarse ántes que una semana hubiese

secado las lágrimas vertidas por su primer esposo. Dispuesto á entrar en campaña contra enemigos numerosos y encarnizados, no queria morir sin haber poseido la mujer que preferia á un imperio. Pronto verémos á esta mujer, hecha reina, hacer las delicias y el tormento del que le habia levantado un trono en su corazon.

XX

Una batalla de diez y siete dias en Podhaic, contra los polacos, los cosacos, los tártaros y los turcos confederados, le restituia el suelo polaco; una segunda batalla contra doscientos mil turcos de Ibrahim-bajá, le dió fama europea. La cristiandad hacia resonar su nombre en todos sus templos; él recibe el nombre de *Escudo de Cristo*, primer apellido de sus padres. Vuelve á asistir de cerca con su puñado de valientes á las sesiones de la Dieta turbulenta en la que la nobleza, dividida por diferentes potencias de Europa, desgarraba la patria y preparaba la presa al extranjero. La nacion entera es por fin convocada para sacar á la Polonia de las manos de los nobles. La gra-

titud popular pronuncia el nombre de Sobieski, que es aclamado rey con voz unánime. Él rehusa en vano, la salvacion pública lo obliga á aceptar la corona. Todos los partidos enmudecen un instante ante este nombre. Él ratifica el nombramiento con la victoria de Choczim ganada contra los turcos, primera ventaja de los sármatas sobre los otomanos. Los turcos lo llamaron *el Leon del Norte*.

Se ha visto que léjos de abusar de su triunfo, Sobieski habia enviado embajadores con presentes á Constantinopla para confirmar la paz despues de la victoria. La temeridad y la ignorancia de Kara-Mustafá habian envenenado estas negociaciones. Sobieski, prevenido de los preparativos del gran visir, habia invitado en vano á la Europa á formar una cruzada defensiva contra los otomanos. El mismo emperador Leopoldo, mas amenazado que cualquiera otra potencia, habia declinado sus ofrecimientos. La nobleza polaca, contraria siempre á sus reyes, habia negado á Sobieski su consentimiento para la guerra. La Francia, aliada de la Turquía y enemiga del Austria, fomentaba en Varsovia el espíritu de resistencia á los planes de Sobieski. Pero los trescientos mil hombres de Kara-Mustafá, pasando el Danubio para inundar la Alemania, la obstinacion de Sobieski, el entusiasmo desinteresado y religioso del pueblo po-

laco por la fé, obligaron por fin á la Dieta á ratificar la alianza de la Polonia y de la Alemania.

La voz de Sobieski habia despertado á la Saboya, la Italia, la España y el Portugal; Turin enviaba al emperador subsidios y voluntarios; el rey de España vendia su vagilla de oro y de plata para pagar á los defensores de su dinastía y de su fé; los conventos de España y de Italia contribuian para los gastos de una guerra de universal interés; los cardenales de Roma, siguiendo el ejemplo de Clemente XI, enagenaban los bienes eclesiásticos para defender la iglesia amenazada tan cerca de los Alpes; las provincias católicas del Mediodía eran recorridas por peregrinos y procesiones para implorar la asistencia de los milagros en favor de Sobieski. Pero Sobieski era el verdadero milagro.

Los turcos avanzaban sobre Pesth; el duque Cárlos de Lorena, generalísimo de Leopoldo, pero sin ejército, excitaba impacientemente á los polacos á una union que podia suplir su debilidad; Leopoldo, desterrado de su capital, ofrecia la Hungria entera al rey de Polonia en pago de su auxilio. Sobieski, mas cristiano y caballeresco que ambicioso, no queria mas galardón que la victoria; se hubiera avergonzado de pelear como mercenario por la cristiandad; la gloria terrestre y el cielo eran la recompensa de

su heroísmo. Después de haber visitado á pié y como peregrino todas las iglesias de Cracovia, el día de la Anunciacion, partió con lo mas escogido de los ejércitos polacos para ir á socorrer á Viena. La Alemania lo saludó con un grito de esperanza. Arcos de triunfo, levantados para su paso, tenian estas palabras latinas, alusion á su futuro destino : « *Salvatorem expectamus!* (¡ *Esperamos al salvador!*...) »

En efecto, él llevaba la salvacion de Viena. Tres días mas tarde, el baluarte del imperio, del Austria, de la Italia, de la cristiandad, iba á desplomarse. Los dos ejércitos de Carlos de Lorena y de Sobieski, reuniéndose á una jornada de Viena, no componian juntos mas que sesenta mil combatientes. Eso es todo lo que la cristiandad, entibiada por la inanidad de sus antiguas cruzadas y desafecta á la casa de Austria por su ambicion universal, habia podido juntar contra los trescientos mil asiáticos de Kara-Mustafá.

XXI

El tiempo apremiaba. Viena se veia destrozada por la explosion continua de las bombas; las iglesias, los

monasterios, el palacio del emperador, los cuarteles enteros de la capital humeaban con un fuego continuo; los lienzos de muralla obstruian las calles; la trinchera no estaba mas que á treinta pasos de la contra-escarpa; baterías armadas con los mismos cañones monstruosos que habian abierto las brechas de Constantinopla, Rhodas y Candia preparaban anchas vias á los últimos asaltos. El conde de Stahremberg, herido por un casco de bomba mandaba desde su lecho de dolor; los soldados y los habitantes, calculando todos los días las pérdidas sufridas la víspera y la reduccion rápida de sus batallones, comenzaban á hablar de una próxima é inevitable capitulacion.

Dos meses habian trascurrido en la mas cruel perplejidad, en combates continuos. La epidemia se unia al bombardeo, á los choques sobre la brecha, ó á la explosion de las minas practicadas por los turcos. Las municiones se acababan, una silenciosa desesperacion se apoderaba de todos los ánimos. En seliembre, una luneta habia caido en poder de los sitiadores, y parte de la muralla se habia hundido. Fué menester improvisar atrincheramientos á la entrada de las calles; aquel era el esfuerzo supremo. Stahremberg no pensaba poder resistir tres días mas; y todas las noches signos de desolacion anunciaban á Carlos de Lorena que la caída era inevitable. En medio de la

noche que precedió á este tercero y último día de las previsiones de Stahremberg, un grito de alegría resonó de repente en lo alto de la torre de San Estéban. El centinela acababa de apereibir una llama brillante sobre las cimas del Colemberg, que señalaba en el horizonte al ejército polaco. El sol naciente brilló en un bosque de lanzas y banderolas sobre la montaña.

Los turcos se dividieron entónces en tres cuerpos; el uno se volvió hácia el nuevo enemigo que se presentaba; el otro se preparó al asalto; el tercero, síntoma de libertad, era una multitud desordenada que huía hácia la Hungría cargado de botín. El obispo de Neustadt, Collonitz, que se habia batido como soldado en Candia, encerrado actualmente en Viena, en donde su fé, su valor, y su palabra excitaban á la defensa, en donde su ejemplo y su caridad ayudaban á soportar tantos males, llamó en seguida á las mujeres y los niños á las iglesias, en tanto que Stahremberg llevaba á los hombres á las murallas.

XXII

Ya hacia unos dias que Cárlos de Lorena habia corrido á incorporarse con Sobieski para aprender, de-

cia él, el arte militar con tan superior maestro. Los imperiales lloraron de alegría viendo al ilustre jefe, cuyo nombre era prenda segura de victoria. La discordia, compañera inseparable de los reveses, paralizaba sus últimas fuerzas; ella se extinguió á los piés del héroe de Choczim, que encontró en sus nuevos soldados una obediencia que jamás habia alcanzado sobre sus propios súbditos.

Entretanto, Cárlos de Lorena habia podido echar un triple puente sobre el Danubio, á seis leguas de Viena, sin que el gran visir hiciese nada para impedirlo. « Bien veis que el general que deja construir « este puente en sus barbas, teniendo trescientos mil « hombres, no puede dejar de ser derrotado, » exclamó Sobieski, para hacer pasar el Danubio á los imperiales, que vacilaban en seguirlo.

Al dia siguiente cruzaron el Danubio. Los polacos marchaban los primeros; su magnificencia, la riqueza de sus armas, y la belleza de sus caballos admiraban á sus aliados. Un solo regimiento de infantería contrastaba visiblemente por lo destrozado de sus vestidos. Cuando desfilaba, « aquella, » dijo Sobieski, « es una tropa invencible que ha jurado no « vestirse con otra cosa que con los despojos del enemigo. » « Si aquellas palabras no los vestian, dice